El deseo erótico de Safo de Mercedes Matamoros en los poemas «Anhelos» y «La bestia», de *El último amor de Safo*

Maria Lúcia de Andrade Félix
Universidade Federal do Rio de Janeiro / UFRJ

Deseo. Desde la antigüedad hasta la actualidad, definir el deseo parece tan imposible como no sentirlo. Deseo, sustantivo masculino derivado del latín *desidium* o del griego *éros* —que se refiere al deseo apasionado, al amor romántico y al erotismo—; *epithymia* —deseo, anhelo, fuerza de voluntad o impulso—; *pothos* —deseo y anhelos intensos—, no puede resumirse ni reducirse a una hoja de papel y a los diferentes significados y representaciones que ha tenido, tiene o tendrá. En un movimiento continuo de transformación, el *desidium*, *éros*, *epithymia* o *pothos* no puede ser domado ni domesticado. Parece asentarse cómodamente durante un tiempo, ya sean años, siglos o milenios, en definiciones convenientes para la época, construcciones de significados y significantes erigidas por los triunfadores del momento, cuyo interés es difundir una noción de deseo que satisfaga sus necesidades in tempore.

Muchos enfoques han buscado comprender por qué el deseo es tan perturbador, en todas sus manifestaciones en un momento dado. Partiendo de las concepciones de Espinoza y Deleuze sobre el deseo como afecto, buscamos construir una aproximación al deseo erótico en los sonetos «Anhelos» y «La bestia» de Mercedes Matamoros. Esta reflexión no puede obviar las ideas de George Bataille y sus consideraciones a menudo metafísicas sobre el erotismo y los diálogos que se pueden rastrear entre Bataille y la Safo de Mercedes Matamoros, por más paradójicos que parezcan a primera vista. Quizás las observaciones de Suely Rolnik sean los puntos necesarios para conectar esta disposición de elementos heterogéneos, uniendo estas «ideas adecuadas o inadecuadas», como las llama Espinoza en la Ética.

El deseo, para la filosofía de Espinoza, sería una manifestación del afecto; «todos los afectos se refieren al deseo, la alegría y la tristeza. El deseo es la naturaleza real o esencia de cada uno» (Espinoza, 2024: 331). Por afecto, Espinoza entiende las afecciones del cuerpo mediante las cuales la propia capacidad de actuar del cuerpo se ve aumentada o disminuida, favorecida o inhibida y, simultáneamente, las ideas de estas afecciones. Un cuerpo puede afectar y ser afectado. Las afecciones son el cuerpo siendo afectado por otro cuerpo, por objetos ajenos a él, y cuando somos afectados, es decir, sufrimos una afección, experimentamos un cambio y nuestra capacidad aumenta o disminuye. Cuando el individuo es la causa adecuada de una afección, Espinoza la llama afecto; de lo contrario, pasión. Las

pasiones son, pues, variaciones del deseo definidas por las afecciones provocadas por objetos externos al ser. Están reguladas por la alegría o la tristeza provocadas por estos objetos y su búsqueda. Para Epinoza, el deseo es la voluntad consciente, la esencia misma del hombre:

> La voluntad es el esfuerzo cuando solo está presente en la mente, compuesta de ideas adecuadas y inadecuadas. Cuando se refiere a la mente y al cuerpo, se llama apetito. Apetito que no es otra cosa que la esencia misma del hombre, necesaria para su conservación. El deseo es apetito cuando uno es consciente de él» (Espinoza, 2024: 238).

Siglos después, Deleuze, al reflexionar sobre el deseo, se acerca a Espinoza y a su concepción del deseo como afecto. Pero de forma diferente, no como resultado de afecciones sufridas por un cuerpo causadas por algo externo. Deleuze considera el deseo como algo relacionado con un agenciamiento, con un proceso: «En lugar de ser sentimiento, es, por el contrario, afecto. En lugar de ser subjetividad, es, por el contrario, 'haecceidad' (la individualidad de un viaje, una estación, una vida). En lugar de ser una cosa o una persona, es, por el contrario, un acontecimiento» (Deleuze, 1994: 7). El campo de inmanencia constituido por el deseo, que, a pesar de estar territorializado, con zonas de intensidad, umbrales, gradientes y flujos, será el escenario, basado en la acción de los agenciamientos, para diversas posibilidades de realización o no, incluso proporcionando posibles vías de escape. Para Deleuze y Guattari, el agenciamiento comprendería una esfera de contenido y otra de expresión: por un lado, serían agenciamientos materiales de deseo y, por otro, agenciamientos colectivos de enunciación. El agenciamiento sería dinámico e implicaría movimiento y transformaciones; muy diferente, por lo tanto, de la noción de una estructura estable. (Deleuze y Guattari, 1995: 31).

Los veinte poemas que componen *El último amor de Safo*, escrito por Mercedes Matamoros y publicado por primera vez en 1902, poseen algunas características que hablan de las nociones de deseo abordadas en este texto. Comprenden una narración en forma de verso; sonetos, que relatan las fases de una relación amorosa entre dos personajes, Safo y Faón, y la forma en que el deseo erótico de Safo por Faón se expresa, se traduce y se hace palpable, a través de la sensibilidad de la escritura de Matamoros, quien manifiesta el deseo erótico de una mujer con una audacia sin igual hasta entonces. El deseo de Safo puede entenderse tanto como un afecto spinoziano, pues experimenta cambios en su potencia y alterna entre la felicidad y la tristeza según los afectos que experimenta, como un afecto deleuzeano, pues provoca cambios dinámicos y constantes en las estructuras y procesos que este sentimiento impregna a lo largo de sus poemas.

Safo fue una famosa poeta griega nacida en la isla de Lesbos entre el 630 y el 604 a. C., a quien Platón alude en el diálogo Fedro (235c). En este diálogo entre Sócrates y Fedro, sobre Eros y la pasión, Sócrates la llama «Safo la encantadora» (Σαπφοῦς τῆς καλῆς), al referirse a la belleza de su poesía. Asociados al amor entre mujeres, los términos lesbiana y sáfica derivan de esta supuesta elección de Safo, quien, sin embargo, estaba casada con un rico comerciante llamado Kerkolas, con

quien, según se dice, tuvo al menos una hija. La mayor parte de su poesía se ha perdido y, salvo fragmentos, su único poema completo conocido hoy en día, Oda a Afrodita, que fue preservado por Dionisio de Halicarnaso. Faón, a su vez, es un personaje mitológico, un barquero anciano a quien la diosa Afrodita recompensó por su bondad: le dio belleza y juventud por la haberla llevado en su embarcación. Se le reconoce como uno de los más bellos e infieles de los hombres.

De estos veinte sonetos, dos son los poemas elegidos para ilustrar el deseo erótico. El deseo, como expresión de la voluntad, es una idea adecuada que se refiere a la mente y al cuerpo, hechos conscientes: el poema IV, «Anhelos», y el poema XVII, «La bestia». Casualmente, estos dos poemas fueron incluidos en la antología de José María Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, publicada en Madrid por la editorial Reus en 1922, en las páginas 255 y 256 (Pichardo, apud Palacios, 2012: 346).

«Anhelos»

Quiero aromar tus rizos abundosos
con perfume embriagante de verbenas,
y tu cuello enlazar con las cadenas
ardientes de mis brazos amorosos.

Quiero encender con besos fervorosos
la sangre que circula por tus venas,
y trocar en fogosas las serenas
miradas de tus ojos luminosos.

Porque siempre han de ser en mis amores,
venenosas las más fragantes flores,
borrascosos las noches y los días.

Y así, ¡no olvidará sus horas bellas!
¡Que siempre dejan en el mundo huellas
las tempestades locas y sombrías!

(Matamoros, 1902)

En este poema, la voz poética enuncia claramente el deseo, el deseo de estar con el objeto de su pasión, Faón, como lo enuncia el propio título del poema, Deseos. Safo, dominada por Eros en toda su plenitud, declara: *Quiero... enlazar tu cuello con las cadenas ardientes de mis brazos amorosos... Quiero encender con besos fervorosos la sangre que circula por tus venas y trocar en fogosas las serenas miradas de tus ojos luminosos*. Safo desea poseer y entrelazar el cuello de Faón como cadenas ardientes. Los besos fervientes de Safo buscan despertar el deseo de Faón, transformando sus miradas, antes serenas, en ardientes. Safo abraza su sensualidad, su deseo de posesión, y está dispuesta a satisfacerlo, asumiendo un papel activo: *Quiero*.

La audacia de querer. Para el momento, una transgresión, una prohibición: las mujeres decentes, honorables y castas no pueden tener deseos eróticos, y de hecho no pueden sentir placer sexual, según el conocimiento científico de la época. Las mujeres son frígidas. Safo de Matamoros se atreve. En «Anhelos», Safo reitera su postura de *femme fatale* con el uso semántico de la imagen del fuego, como cita Palacios en su tesis doctoral: ardiente, inflamable, fogosa; y de la luz: luminosa, en contraste con la postura de Faón, quien se limita a observar serenamente. Safo es activa, Faón, pasivo, en una inversión de los roles imperantes en aquel momento. Safo se insinúa. Quiere: *Quiero... entrelazar tu cuello con las cadenas ardientes de mis brazos amorosos... Quiero encender con besos fervorosos la sangre que circula por tus venas, y trocar en fogosas las serenas miradas de tus ojos luminosos*.

«La bestia»

En lo más negro de aquel monte umbrío,
nuestro lecho, Faón he preparado.
¡De mi pecho el volcán se ha desbordado,
de la fiebre fatal ya siento el frío!

¿No escuchas a lo lejos al sombrío
león, que con rugido apasionado
responde a la leona, en el callado
y hondo recinto de su amor bravío?

¡Amémonos así! Ven y desprende
de mi ajustada túnica los lazos,
y ante mi seno tu pupila enciende.

Es el amor que humilla y que deprava.
¡No importa! Lleva a Safo entre tus brazos,
¡donde loco, el placer la rinda esclava!

(Matamoros, 1902)

En «La Bestia», Safo invita a Faón, quien, con el rugido de un león apasionado, busca este lecho de amor preparado por ella; el deseo es tan intenso que se desborda como la lava de un volcán, caliente, incandescente. Safo desciende a lo animal, al rugido, al estadio anterior al logos, a lo que no pasa por la razón, por la palabra elaborada, y llama a su amado como una hembra en celo. Safo quiere entregarse, quiere ser desnudada, quiere ser pasiva y poseída ahora: V*en y desprende de mi ajustada túnica los lazos*; sabe que su belleza y su cuerpo desnudo despiertan el deseo de Faón: *y ante mí seno tu pupila enciende*; se entrega al deseo de un amor que humilla, que deprava: *Es el amor que humilla y deprava*. Safo se atreve a transgredir lo prohibido, lo interdicto: *¡No importa! Lleva a Safo entre tus brazos*. Safo se entrega al placer, a un placer loco: *¡donde loco, el placer la rinda esclava!*

«La Bestia», en palabras de Hortensia Pichardo, es un gesto de rebeldía y valentía, una audacia de Mercedes Matamoros, quien, a principios del siglo XX, expresa sus sentimientos y deseos con la misma libertad que un poeta hombre, y, sin em-

bargo, va más allá de sus pares del sexo opuesto porque no le avergüenza cambiar de papel, ser activa y pasiva al mismo tiempo. Según Pichardo, el feminismo «debe reconocer en Mercedes Matamoros ese gesto de rebeldía que se llama La bestia» (Pichardo, apud Palacios, 2012: 344).

Para expresar estos afectos o arreglos que surgieron y se describen en la poesía de Matamoros, la *Cartografía Sentimental* de Suely Rolnik propone una comprensión en forma de cartografía dinámica, que podría definirse como paisajes psicosociales que se dibujan a medida que el desmantelamiento de ciertos mundos, ya obsoletos, acompaña el surgimiento de otros, que se crean para expresar afectos contemporáneos. En «Anhelos», el deseo erótico, ilustrado en los versos de Safo a Faón, es claro, inconfundible, se expresa abiertamente, despojado de cualquier barniz moralista, es decir, de una idea adecuada (o inadecuada). Se hace consciente y se expresa, verbaliza y comparte, todo a través de un encuentro donde los cuerpos que poseen el poder de afectar y ser afectados experimentan una atracción potencial. De este encuentro y la atracción que despierta, comienza a surgir una mezcla de afectos: eróticos, sentimentales, estéticos, perceptivos y cognitivos.

El movimiento provocado por estos afectos, concretado por el encuentro de los cuerpos, es el deseo, que, al hacerse consciente, Safo lo expresó en forma de versos, destinados a Faón. El deseo real, el deseo que produce acciones: «El deseo es este conjunto de síntesis pasivas que generan objetos parciales, flujos y cuerpos, y que funcionan como unidades de producción. Lo real se deriva de esto; es el resultado de las síntesis pasivas del deseo como autoproducción del inconsciente» (Deleuze y Guattari, 2011: 43). En «La Bestia», el erotismo es explícito; el deseo erótico que Safo alberga por Faón se intensifica, hasta el punto de que Safo se entrega, se somete a la locura que este placer puede acarrearle. Por placer, Safo se convierte en esclava. A través de su entrega total, de su desnudez, de su abandono, Safo busca la unión de los cuerpos discontinuos y el éxtasis supremo del deseo erótico del que tan a menudo habla Georges Bataille.

Lo erótico es peculiar de lo humano, afirma Bataille en 1953, en *El erotismo*: «El erotismo, aspecto inmediato de la experiencia interior, que se opone a la sexualidad animal» (Bataille, 1979: 45), cuestiona al ser humano y su razón, a través de su conciencia, y es fruto de una experiencia interior e íntima que le permite alcanzar un estado casi divino, un éxtasis, a través del placer, una experiencia cercana a la muerte. Nace de lo prohibido, de lo interdicto y de la transgresión que se comete para disfrutar de lo prohibido:

> La experiencia interior del erotismo requiere, en el que la vive, una sensibilidad no menos grande para la angustia, que funda el interdicto, que para el deseo que conduce a infringirlo (Bataille, 1979: 56).

Así, según Bataille, el erotismo busca alcanzar la intimidad del ser, hasta la entrega, mediante la disolución relativa de la actividad erótica. Toda representación erótica se basa en la destrucción de la estructura cerrada de los participantes en

el juego erótico, lo que resulta en la unión de seres discontinuos en una nueva unidad, aunque sea temporal (Bataille, 1979).

En 1957, para Bataille, el rol pasivo se asignó inicialmente a la mujer, lo que nos lleva de nuevo a la audacia transgresora de Mercedes Matamoros, quien publicó sus sonetos en 1902. Safo, más audaz de lo que Bataille presume, es activa; es quien enuncia lo que quiere y cómo lo quiere en su declaración de deseos a Faón. Safo transgrede lo prohibido, desea eróticamente, sexualmente, y expresa sus deseos sin angustia, deconstruyendo la estructura cerrada que era el modelo del comportamiento femenino pasivo, incapaz de expresar el deseo sexual o incluso atreverse a sentir placer. Volviendo a «Anhelos» y «La Bestia» de Safo, podemos observar cómo Matamoros, a través de su escritura, utiliza el erotismo como una forma de poder intrínseco de las mujeres con tanta fuerza, especialmente considerando el período en que se publicaron estos sonetos.

Cuentan 123 años el tiempo que separa la publicación de estos sonetos hasta hoy. Por consiguiente, las experiencias culturales han cambiado. La expresión de sentimientos y emociones no son exclusivamente fenómenos psicológicos o fisiológicos, sino más bien la traducción que un individuo hace de sus conocimientos y de la construcción social y cultural en la que se insertan, como explica Le Breton en *Antropología de las emociones* (Le Breton, 2019). Cuando se publicaron en 1902, la conmoción que causaron en la sociedad habanera de la época es descrita por Jorge Camacho en «Una polémica en La Habana»:

> Esta polémica alrededor del libro nos demuestra, entonces, que fueron sonetos que muy pocos pudieron ignorar, y que rompieron con los temas y los valores tradicionales que se le asignaban a la mujer en su época, a quien se consideraba el «ángel del hogar» y se prefería alejada de la política, de los temas escabrosos y de la sexualidad fuera de la norma. (Camacho, 2018).

Lo que provocó a Matamoros con la publicación de los veinte sonetos que componen *El último amor de Safo* fue más que una polémica. Fue la expresión escrita del deseo erótico desde una perspectiva femenina, publicada en una revista literaria de gran difusión, El Fígaro, en una Habana con gran actividad intelectual. En los poemas, la voz lírica femenina se activa, demostrando su deseo, su voluntad de ser poseída por el objeto de su pasión, en una inversión total de los roles masculino y femenino, activo y pasivo, imperantes en la época. La inmersión en la subjetividad erótica femenina, así como el cambio en la posición enunciativa femenina (de objeto pasivo del erotismo masculino a sujeto activo de dicho erotismo) que caracteriza a Matamoros, rompe los paradigmas a los que estaban relegadas las mujeres de finales del siglo XIX.

Jorge Camacho coincide con Hortensia Pichardo: la poesía de Matamoros desafía las convenciones tradicionales y el lugar que, según la crítica convencional de la época, debía ocupar Matamoros. Con su audaz poesía, Matamoros se sitúa por delante de muchos otros poetas cubanos y latinoamericanos, ya que ningún otro se ha atrevido a abordar estos temas con tanta intensidad, en una línea de

poesía modernista que habla abiertamente del cuerpo y la sexualidad, invirtiendo la dinámica tradicional de la época.

La Safo de Mercedes Matamoros saboreó lo dulce y lo amargo de Eros. Desde su deseo erótico, buscó la anhelada continuidad en la discontinuidad de dos cuerpos enamorándose. Probó el erotismo del corazón, disfrutó del erotismo de los cuerpos. Y eligió, como un ser apasionado que pierde el objeto de su pasión y deseo, la muerte mediante el suicidio, saltando desde la roca de Leucades al abismo del mar y sus olas turbulentas, como forma de alcanzar la paz y la anhelada eternidad rompiendo las barreras tangibles, los obstáculos sociales, la moral y las costumbres con las que convivimos, no siempre dócilmente o pasivamente. Para Safo de Matamoros, a través de la muerte, se puede alcanzar lo impensable: el estado casi divino del éxtasis eterno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bataille, Georges. (1979). *El erotismo*. Barcelona: Tusquet Editores.

Camacho, Jorge L. (2018). «Una polémica en La Habana: La poesía erótica de Mercedes Matamoros». *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal*: Vol. 0: Iss. 1, Article 5. Documento de Internet disponible en: https://digitalcommons.georgia+southern.edu/the+coastal+review/vol0/iss1/5.&spell=1&sa=X&ved=2ahUKEwiXju_zy-WHAxXopJUCHbjkONQQBSgAegQIChAB. [Fecha de consulta 20.06.2024].

Deleuze, Gilles. (1994). «Désir et plaisir». *Magazine Littéraire*. Paris, n. 325, oct, pp. 57-65. Documento de Internet disponible en: https://drive.google.com/file/d/0B347KgD-3KhNUlJEUEJkbE84b1E/view?resourcekey=0-WYXrFNneXY58VVXrF2e4Dg. [Fecha de consulta 05.06.2025].

Deleuze. G. y Guattari, F. (1995). *Mil platôs: capitalismo e esquizofrenia*. Vol. 2. São Paulo: Editora 34.

Espinoza, Baruch (2024). *Ética*. EDUSP. São Paulo.

Le Breton, David. (2009). *As Paixões Ordinárias: Antropologia das Emoções*. Petrópolis: Editora Vozes.

Matamoros, Mercedes. (2013). *El último amor de Safo - Sonetos*. Andalucia: Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Andalucia. Documento de Internet disponible en: https://pdfcoffee.com/mercedes-matamoros-el-ultimo-amor-de-safo-sonetos-4-pdf-free.html. [Fecha de consulta 3.05.2024].

Palacios, Ana M. (2012). *Mercedes Matamoros – El último amor de Safo*. Tesis Doctoral Universidade de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Lingüística General y Teoria de la Literatura, Programa de Doctorado Teoria de la Literatura y del Arte y de la Literatura Comparada, Granada. Documento de Internet disponible en: Mercedes Matamoros: el último amor de Safolnet (unirioja.es). [Fecha de consulta 22.10. 2025].

Rolnik, Suely. (2011). *Cartografia Sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. Porto Alegre: Editora da UFRS.